

sejo de Indias, ya por la natural lentitud y madurez española, ya por ser varios los pareceres; por fin, sin determinar absolutamente la duda, se envió á don Juan de Larrea para que sacase luego de las naves el oro y la plata; ni esto se ejecutó antes de cumplido ya un mes que había llegado al puerto. No se dió prisa á sacar las mercaderías, cuando esas excedían á la plata en valor.

»Ya había la armada enemiga alcanzado la noticia que estaba en Vigo la flota, y el 22 de Octubre, con viento favorable llegó á aquella costa, desembarcó cuatro mil hombres y plantando baterías contra las torres del puerto, las ocupó con poco trabajo desamparadas de los que las presidiaban, siendo imposible defenderlas, ni ser su fábrica capaz de resistir la batería.

»Como era favorable el viento dos naves á un tiempo á velas llenas, armada de los acostumbrados picos la proa, rompieron con facilidad la cadena. Entraron al puerto las que seguían despreciando los cañonazos de los baluartes de la ciudad, que no sin fruto incesantemente disparaban. Disputaron la entrada con valor diez navíos de guerra franceses (los demás se habían vuelto á sus puertos,) y se trabó una batalla cruel, con tanto tesón de una y otra parte, que mezclados los leños casi era inútil el cañón; peleábase con fuegos de inhumano artificio, ollas, camisas, y balas de betún ardiente. Deseaban los franceses, venir al abordaje, porque estaban más bien guarnecidos de gente de guerra, pero los ingleses, cometieron toda la lid al fuego, y siendo en número superiores, no podían diez naves defenderse de tanta multitud de leños enemigos que suplían siempre los maltratados.

»Los de la flota procuraron internarse más en la ría por si podían tener socorro de tierra y echar á ella los fardos de las mercaderías, pero los ingleses, habían ocupado la crilla, y á fusilazos embargaban á los españoles sus faenas, permaneciendo á pecho descubierto contra la artillería de estas naves que se defendían valerosamente.

»Las que estaban más protegidas de la ciudad y más próximas á ella, desembarcaron tumultuariamente algunas mercaderías con poco logro, porque mal guardadas, en la confusión, el mismo paisano llamado á defenderlas, las robaba.

No se puede describir día más cruel ni más lastimoso por el innumerable género de muertes que padecieron aquellos infelices, ceñidos de inevitables peligros en espacio tan estrecho. Los que siguieron las naves de la flota hasta lo más bajo de la ría (vencidos ya los franceses que hacían frente,) pretendían apagar el incendio por la ambición de la presa, porque don Manuel de Velasco, á quien no desamparó el valor sino la fortuna, mandó quemarlas: esto mismo hicieron los franceses echándose al mar la gente que salvarse pudo.

»Los enemigos ya no cuidaban sino de apagar las llamas, aunque veían que la mayor parte de las mercaderías se habían echado al mar. Muchos perecieron buscando en el centro del fuego las riquezas: éstos y los que murieron en la batalla, fueron ochocientos ingleses y holandeses; quinientos quedaron heridos y una nave de tres puentes inglesa, incendiada; pero tomaron trece naves de españoles y franceses, entre ellas siete de guerra y seis de mercadería, aunque muy mal tratadas y quemadas algunas: las demás, las echaron á pique, ó las entregaron á las llamas en el ardor del combate.

»Murieron en él dos mil españoles y franceses, y pocos dejaron de estar heridos. Valerosamente se portaron los jefes de la armada inglesa y holandesa, Ormont Halemundo y Colenberg: fueron vistos pelear por su mano en el más estrecho riesgo. No menos esforzados aunque menos felices, fueron el conde de Chateau Regnaud y don Manuel de Velasco. Se gloriaron aquéllos de que el valor de lo apresado subía á la suma de cuatro millones de pesos. Más de ocho es cierto que perdió el comercio de Cádiz, donde quedaban ocultamente incluidos los enemigos, y así no era todo ajeno lo que tomaron y echaron á perder.

»El rey, perdió más que todos, no sólo en no quedar navío para Indias, y en lo que había de percibir de las aduanas si se introducían todas las mercancías, sino porque fué preciso valerse de navíos franceses para el comercio de América, que fué la ruina de sus intereses y la de sus vasallos.

»Al otro día de la sangrienta batalla hicieron bajar al mar los enemigos gran número de buzos, con poco efecto porque la artillería de la ciudad lo impedía, y volviendo á embarcar su gente, llenando de flámulas y gallardetes los árboles, can-

taban con flautas y pifanos la victoria. Así dirigieron la proa á sus puertos, dejando llena de tristeza y horror aquella tierra: luego buscaron los españoles y se recobró lo que aun no había corrompido el agua. De esta desgracia nacieron infinitos pleitos en toda la Europa, porque toda estaba interesada.»

Este funesto acontecimiento fué lo más culminante y sensacional que ocurrió en la segunda posesión de mando del señor Ortega y Montañés, á pesar de que por el cambio de dinastía y las guerras civiles y extranjeras, no faltaron alarmas y conflictos por el descontento que reinaba. Los escasos soldados que guarnecían Veracruz y Ulúa, que por más de seis meses no habían recibido sus haberes, abandonaban sus puestos, dejando casi indefensas las plazas, teniendo que enviar de México doscientos hombres de caballería.

Comenzaba el año 1702 cuando se celebró en México una fiesta religiosa, que revistió un aparato tan solemne como de alta resonancia civil y eclesiástica; la recepción del palio del arzobispo-*virrey*, que tuvo lugar el 4 de Enero, con repique general de campanas, en todas las iglesias; misa mayor cantada, asistencia de todas las autoridades y público inmenso; salvas de mosquetes y rebolso de bandera. El arzobispo-*virrey* fué asistido en la misa por el *preste* diácono y todo el alto clero, y la ceremonia de cubrirle con el palio, después de la oración Pontifical, revistió todo el carácter augusto que merecía el acto.

Por primera vez en Nueva España, se presenció un triste espectáculo, como ejemplo de la severa disciplina que debe observarse en el ejército. Un soldado de la compañía de palacio, fué juzgado y condenado á la degradación por haber vendido un mosquete: la suma eran cinco pesos.

El culpable fué conducido por su compañía al Rastro, donde le quitaron la espada, la daga, la coleta y cuerdas: después le cortaron la melena, corriéndole á palos: la compañía volvió á ocupar su puesto en palacio.

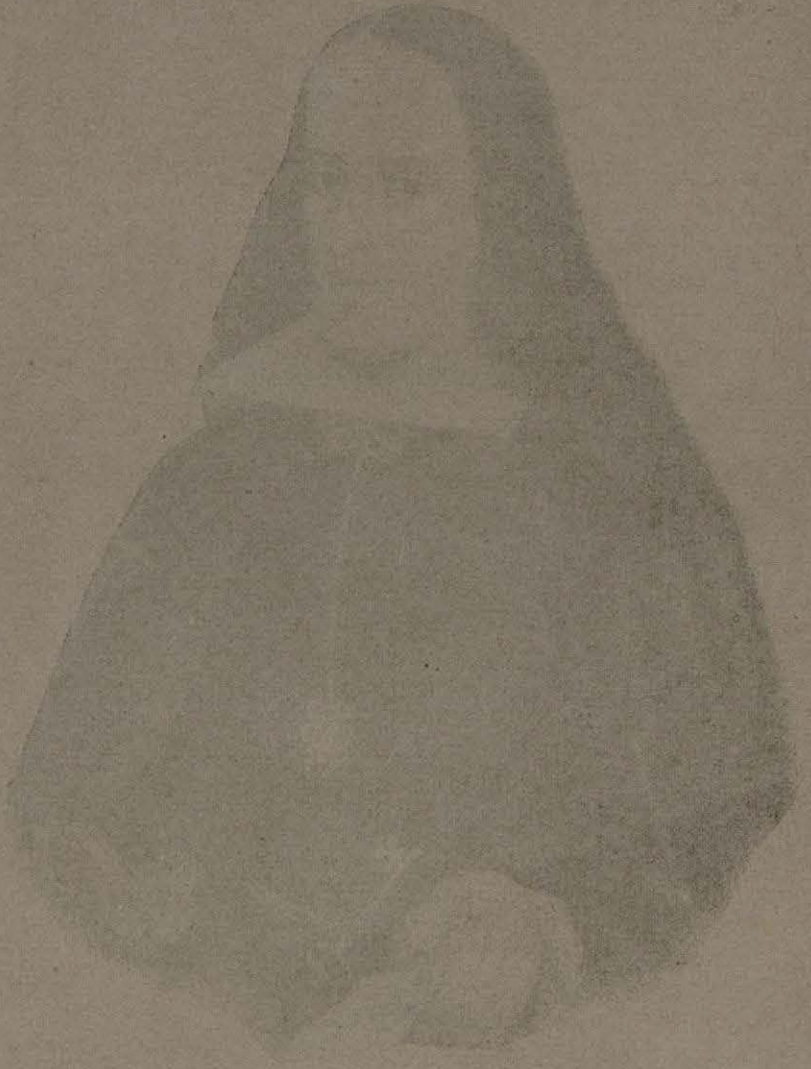
Tales fueron los hechos más notables en el segundo *virreinato* del arzobispo Ortega y Montañés, quien en Noviembre,

emprendió viaje á Otumba, para esperar al nuevo mandatario, duque de Alburquerque.

El arzobispo fué precedido de un estandarte que por un lado tenía las armas reales y por otro las del arzobispo, el que seguía en coche, vestido con sotana, roquete, mantelete y capa con embozos de felpa y el bastón de capitán general.

Fué de los arzobispos que más se empeñaron en que las fiestas religiosas se hicieran con ostentación. Llegó á tanto su celo porque se concluyese la iglesia de Guadalupe, que se asegura, salía por las calles de México á recoger limosnas para la obra, y falleció sin lograr su deseo, el 16 de Diciembre de 1708.

La catedral de México, es la guardadora de sus restos.



Francisco Fernández de la Cueva

DOCTOR DE ALBORNOS. TRICENARIO DE LA LIBERTAD DE LA CUBA
DON FRANCISCO FERNANDEZ DE LA CUEVA

LIBRO DE LA CUBA



Don Francisco Fernandez de la Cueva

DON FRANCISCO FERNANDEZ DE LA CUEVA
DUQUE DE ALBURQUERQUE. - TRIGÉSIMO CUARTO VIRREY.—Año 1701

Don Francisco Fernandez de la Cueva

Duque de Alburquerque. - Trigésimo cuarto Virrey

Año 1701

Era segundo de este título en el virreinato de Nueva España é hizo su entrada pública en México el 8 de Diciembre de 1702, teniendo noticia á su llegada á Veracruz de haberse establecido en aquel puerto la factoría francesa del asiento de negros, con una duración de diez años, y obligada Francia á proveer á las islas de un número de esclavos africanos, disposiciones que por más que ajenas fueran al carácter del nuevo virrey, hubo de aprobar por la situación en que se encontraba España en sus relaciones con la Corte francesa.

Puso singular empeño en colocar en las fortalezas jefes de acrisolada lealtad, considerando preciso evitar por todos los medios, que la guerra civil cudiese por Nueva España, cuando en la Península había dos partidos dinásticos.

Aumentó la armada de Barlovento, porque también crecían los enemigos y los corsarios siempre dispuestos al ataque de las colonias españolas. Intentó proteger la colonización de las Californias, enviando las provisiones que solicitaba la misión y las limosnas señaladas por las cajas reales, no realizándose su proyecto por la escasez de fondos, lamentando se abrigase el proyecto de abandonar la fortaleza de Loreto, cosa que hubiera sucedido á no impedirlo el padre Ugarte, comprometiéndose á la alimentación de misioneros y soldados, pi-

México. Tomo I.—16

diendo el sustento á la madre tierra, hasta que llegaran las provisiones de Sinaloa y Sonora, y como el rey ratificó que los misioneros jesuítas continuaran recibiendo seis mil pesos anuales, la situación mejoró, habiendo concedido además, el aceite y el vino para el servicio de las iglesias, una guarnición de cuarenta soldados, un navío, y á poco el aumento de asignación á trece mil pesos.

El virrey costeó aquellos gastos con el valor de las encomiendas de indios que anteriormente se enviaba á los presidios, y atendiendo á la vez á no escasear recursos para el gobernador de Campeche encargado de batir á los piratas.

Resuelta por entonces la guerra contra Inglaterra y Holanda, se dispuso la confiscación de bienes de los súbditos de las dos naciones y del imperio, encareciendo al virrey tomase serias disposiciones contra la armada de quince mil soldados, que aprestaban los países enemigos.

Los prisioneros extranjeros eran conducidos á Veracruz y luego á España.

Tan importante y productivo era para los ingleses el comercio del palo de tinte, que no vacilaban para obtenerlo en arriesgar su vida, y tenían para la seguridad de sus barcos menores otros de línea que servían de auxilio para los pira'as, que comerciaban en las costas, donde abundaba el codiciado palo.

El gobernador de la Habana, tuvo que enviar socorros á San Agustín de la Florida, sitiado por los ingleses y que hubieron de abandonar con su artillería, víveres y naves. El virrey duque de Alburquerque, hizo salir también para socorrerla una escuadra con trescientos cincuenta soldados y oficiales del castillo de Veracruz: para atender á tan exorbitantes dispendios se carecía de suficientes recursos, siendo preciso que el arzobispo hiciera un empréstito.

Don Andrés de Ariola, maestre de campo, fué encargado para desalojar á los ingleses de la Florida, proporcionándole el virrey cuanto pudiera necesitar, mandando también á España, un millón de pesos, sin descuidar la entrega de los trece mil, para el situado de California, en vía de prosperidad; también se remitieron cantidades para levantar fortificaciones en Cavite.

En 1702 hubo un acontecimiento sensacional y que tuvo el privilegio de preocupar toda la atención pública: tal fué el casamiento de la hija de don Jaime Cruzat, gobernador que había sido de Filipinas, y que era una riquísima heredera. Disputáronse el corazón y la mano de la «china» el conde de Santiago don Domingo Sánchez de Tagle, y otros jóvenes del más alto círculo social, pero habiendo logrado el triunfo Tagle, se llevó á cabo el enlace el jueves 14 de Junio en San Lorenzo, por estar depositada allí la novia. No había faltado la intervención de gente armada, por lo que el virrey, hizo prender á Tagle en aquella misma noche, imponiéndole veinte mil pesos de multa y desterrándole á Panzacola. Al padre de la novia lo desterró á Acapulco, con igual multa y á don Luis, su segundo hijo, lo mandó á Veracruz.

Indignada la virreina, partidaria de los Tagle, se separó del virrey y hubo de intervenir el arzobispo para la reconciliación de los esposos. Aun continuó la cuestión, y á pesar de que se había levantado el destierro de don Luis, le dió el virrey por cárcel su casa de San Cosme, con multa de diez mil pesos. No fueron pocos los comentarios al presentarse una mujer que se decía estar casada con Tagle cortándose el nudo gordiano, y concluyendo la complicación, con la muerte de la «china» acaecida en el convento donde estaba depositada.

La rica heredera dispuso en su testamento se abonaran á Tagle los gastos del pleito, con diez mil pesos más, dejando como herederos de sus cuantiosos bienes á su abuela y hermano mayor.

Pululaban en México y en más alto grado que nunca la gente ociosa, los vagos y los rateros, por lo cual se ordenó fuesen enviados á Yucatán, por ser imposible atender entonces á necesarias innovaciones impidiéndolo la cruda guerra de dinastías, y únicamente se dispuso la forma de ser admitidos en los puertos los navíos destinados á la trata, que hacía la compañía real francesa, llamada de «Guinea.»

Continuaban las sublevaciones de indios, y con tal motivo se trasladaron los presidios de la Nueva Vizcaya, y declarada la guerra con Portugal, volvieron á estar vigentes las órdenes contra los súbditos de aquel reino.

En 1708 se celebraron en México alegres festivales por el

nacimiento del príncipe de Asturias don Luis, siendo condecorado el duque de Alburquerque con el Toisón de Oro.

Había continuado la lucha civil y extranjera, entre Felipe V y los austriacos, hasta conseguir la completa consolidación del trono español en manos de Felipe V.

En 1706, ordenó Luis XIV, que salieran dos escuadras para América, para convoyar las naves mercantes. La escuadra francesa mandada por el general Ducas, constaba de siete navíos de sesenta á setenta cañones cada uno y que debía escoltar la flota de Nueva España, conductora de plata, oro y grana; pero por entonces, y temiendo una repetición de lo acontecido en Vigo, suspendió su salida, verificándolo en Mayo de 1708, merced á los esfuerzos del duque de Alburquerque.

Sobresalieron en la administración del virrey-duque, grandes dificultades y no pocas discordias con motivo de un libelo escrito contra don Alonso Muñoz de Castilblanco, del que se descubrió era autor un sacerdote. De otra clase fueron las preocupaciones del virrey, con motivo de las órdenes relativas á los oficiales reales por las reformas de encomiendas, siendo en grande escala las que le causaban los ladrones adueñados de los caminos, que atacaban á cada viajero aun cuando fuese acompañado con escolta, pidiendo el virrey que en los casos de robos, las justicias ordinarias ejecutaran la pena y dieran después informe á la sala del crimen.

Tan entendido fué el virrey y gobernó con tanta habilidad, que se dió una real cédula para prorrogar su gobierno por tres años más, habiendo manifestado su gratitud al rey, enviándole un millón de pesos á más de otro millón remitido hacía poco. Proveyóse por entonces el cumplimiento de la ordenanza, para desalojar á los ingleses de la Carolina, así como también el acuerdo para que las negras se presentaran vestidas, porque hasta entonces la desnudez había sido repugnante y hasta inmoral.

Según algunos cronistas, los empleos de la casa de moneda de México, se vendían en ciento cincuenta mil pesos, adjudicándose algunos de aquéllos á los eclesiásticos, y el tesorero, tenía una renta anual de cincuenta mil pesos. Había dependientes de los más subalternos, que ganaban un peso diario.

En el año de 1710, acordó la Audiencia de México, establecer un tribunal especial que entendiéndose en la persecución de los bandidos: se llamó de la «Acordada.» El rey lo aprobó haciéndolo independiente de la jurisdicción de todos los tribunales á excepción del virrey. Al jefe del juzgado se le daba el nombre de juez de la «Acordada.»

Era tan grande la desfachatez de los salteadores, que estaban organizados en cuadrillas, se instalaban en villas y ciudades, robaban y mataban á la luz del día, y la mayor parte tenían jefes europeos. En la primera salida que hicieron en su persecución los primeros capitanes de la «Acordada,» se hicieron rogativas públicas para implorar el auxilio divino en la peligrosa empresa. Velázques de Lorea triunfó en encuentros que tenían carácter de combates, porque los ladrones se defendían valerosamente.

La dedicación del templo de Guadalupe, se celebró con gran pompa, y el rey Felipe V, la erigió en Colegiata, siendo jurada patrona general de Nueva España en 1747.

Fué el duque de Alburquerque, un gobernante hábil, moderado, amable, y que obtuvo grandes simpatías, porque en una época de turbulencias, de guerras y de partidos de acuerdo con la situación de la Metrópoli, preservó al virreinato de que en él hubiera choque de principios.

Su mando se prolongó hasta nueve años.

La... ..



Don Fernando de Alencastre Noroña y Silva

DON FERNANDO DE LENCASTRE NOROÑA Y SILVA
DUQUE DE LINARES. TRIGÉSIMO QUINTO VIRREY.— Año 1710

Don Fernando de Alencastre Noroña y Silva

Duque de Linares.—Trigésimo quinto Virrey

Año 1710

Era el primer virrey que al entronizarse la casa de Borbón, tomaba el mando de la Nueva España. Llegó á fines de 1710, y se posesionó en Enero del siguiente año. Fué caritativo y humano, y uno de aquellos hombres, que por inclinación natural hacen el bien, y sienten los males comunes como los propios. (1)

Inauguróse el nuevo gobierno con una terrible nevada como jamás hubiérese visto en México hasta 1767, y el día 16 de Agosto de 1711, se sintió un temblor de tierra que duró casi media hora, arruinando edificios y personas, probándose entonces la liberalidad del virrey, que con su propia renta ayudó á la reedificación de las casas que se habían desplomado, muy particularmente las que pertenecían á los pobres.

Para congraciarse con Inglaterra y separarla del gran número de sus enemigos, le concedió el rey Felipe V el asiento de negros por diez años en la América española, al acabarse el tiempo estipulado con Francia, lo que se efectuó en 1712. Se fundó la factoría de Veracruz, y fué un manantial de utilidades para los ingleses y de pérdidas inmensas para los españoles, así como de hondos conflictos entre ambas naciones, pues á la sombra de este comercio, ejercían los ingle-

(1) P. Cabo.

ses el contrabando de mercadería, prohibido con penas muy severas.

El duque de Linares prestó particular interés á reconstruir la armada de Barlovento, haciendo fuertes desembolsos para dejarla en buenas condiciones; también consiguió que el monarca mandara seiscientos fusiles de la fábrica de Cantabria, facultándole para distribuirlos; mandó recursos á Cumaná, á fin de reparar las fortificaciones; cuidó por extremo para que no se efectuara ninguna transacción comercial extranjera en los puertos de Indias, abogando en la Corte para que se hiciera intercambio entre Nueva España y el Perú, ventajósísimo para ambos países, proyecto que no se realizó. La Corte exigió como presupuesto señalado á la Nueva España por la monarquía, un millón de pesos.

Consígnase que Felipe V estableció una librería pública para consultar y estudiar, haciéndose en ella un ensayo de exposición, queriendo enriquecerla con las producciones de Indias, y encargando piedras, animales, plantas, frutos ó diversidad de cosas curiosas. El duque de Linares, apadrinó el proyecto con entusiasmo, comprendiendo era civilizador, y aun útil para la industria y el comercio.

Los indígenas de Nuevo México continuaban en sus propósitos de rebelión, y el virrey envió á varios misioneros y ministros del clero, para que trataran de someterlos. Allí estaban establecidos el presidio de Santa Fe, dos villas de Albuquerque con treinta y cinco familias de españoles, el presidio de Santa María de Gracia y el de San Diego.

México había aumentado considerablemente en población, y contaba ya con grandes recursos de agricultura, sobre todo del maíz, á pesar de que sufrió otra epidemia, en la cual, sucumbieron multitud de infelices, no viéndose en las calles sino enfermos abandonados y enjambre de pobres pidiendo pan.

El duque de Linares dispuso fueran delineadas las fortificaciones de la laguna de Términos, pues no obstante el armisticio, los ingleses se utilizaban de más de cien mil quintales de madera al año. Una nueva tregua fué firmada en Versalles el 14 de Diciembre de 1712 hasta el 22 de Abril del siguiente año; la condición del asiento de esclavos obligaba

á Inglaterra á entregar por medio de una compañía ciento cuarenta y cuatro mil negros de ambos sexos y todas edades, pagando á razón de treinta y tres pesos y un tercio por cada individuo, no siendo viejo, ni defectuoso. Los asentistas, debían adelantar doscientos mil pesos.

Los negros podían ser introducidos por todos los puertos del mar del Norte, y por los de las costas de Barlovento, permitiendo fletar embarcaciones para conducirlos al Perú, sin que los virreyes, audiencias, presidentes y gobernadores, pudieran detener ni embargar los navíos de la trata, ni visitar la casa de los factores, concediendo á los asentistas usar de los navíos de guerra del rey de España y cargar en ellos los retornos sin derechos.

El 11 de Febrero de 1713, se cantó en la catedral de México una misa solemne, en acción de gracias por el alumbramiento de la reina, haciéndose á la vez grandes festejos, y aun no concluido éstos, llegó la noticia de la muerte de la soberana Luisa María Gabriela de Saboya.

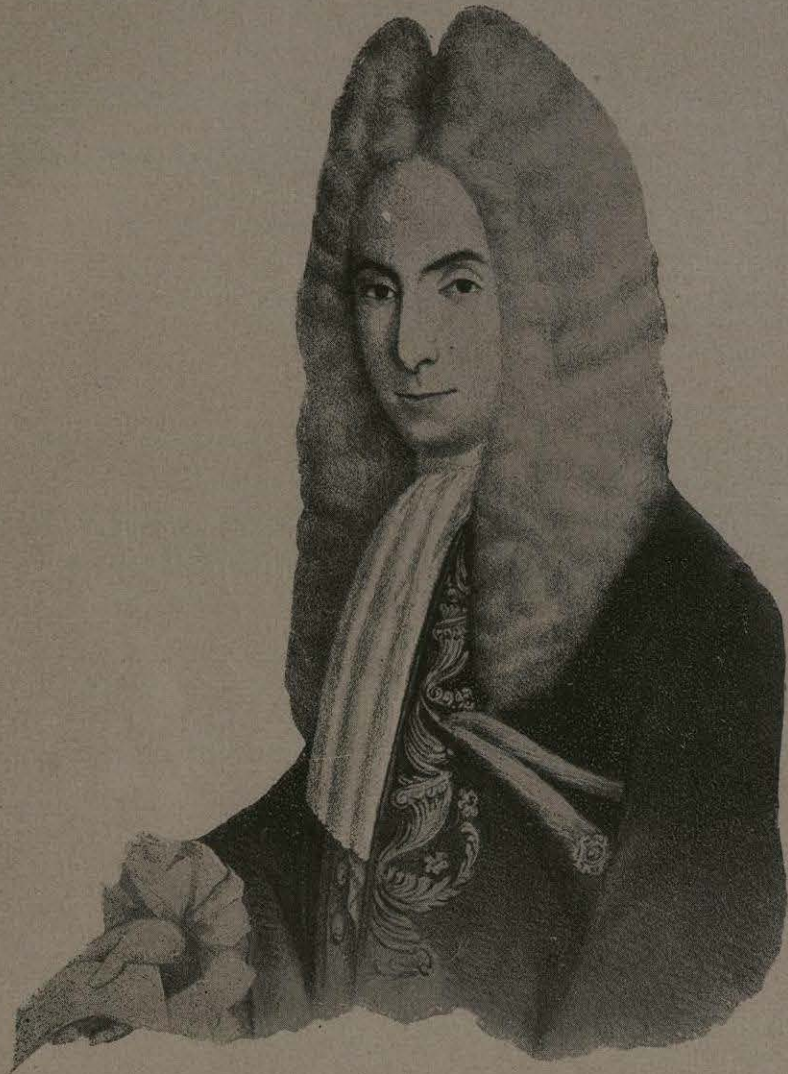
En 1713 las heladas hicieron perderse las cosechas, precisamente al publicarse los lutos por la reina. De nuevo sufrió el pueblo hambre y miseria suma, renovándose las caridades de los ricos, las del virrey Alencastre y del arzobispo fray José Lanciego, prolongándose el triste estado de Nueva España hasta fines de 1714.

Supo el virrey que los indios Ansinais que se extendían por la provincia de Tejas, se mostraban fáciles para la conversión, por lo que mandó un capitán con veinticinco soldados y encargó de nuevo á los padres franciscanos su auxilio para las misiones. Se restableció el fuerte, y se trabajó con empeño en formar pueblos; también en Nueva León, se creó una colonia que en honor del virrey, se llamó San Felipe de Linares.

Durante su gobierno fué poblado el Real de Asientos y el de Mainipi, y se continuó la reducción de Sierra Gorda. En 1715, hubo un motín en Ulúa, por los haberes de la guarnición, quedándose los soldados dueños absolutos de la fortaleza, hasta que se dió cuenta al real acuerdo, el que dispuso el castigo de los delincuentes, pero se les perdonó en celebridad de las noticias recibidas de Europa.

El gobierno del duque de Linares, terminó en 1716, siendo relevado por don Baltasar de Zúñiga. No logró volver á España por sus muchos achaques que agravados lo llevaron á la tumba en Junio de 1717, haciéndose sus funerales en la iglesia de San Sebastián de Carmelitas descalzos.

Fué un bienhechor por el pueblo, caritativo y liberal en demasía, y dejó notables instrucciones para su sucesor.



DON BALTASAR DE ZUNIGA
MARQUÉS DE VALERO.—TRIGÉSIMO SEXTO VIRREY.—Año 1716

Don Baltasar de Zuñiga

Marqués de Valero.—Trigésimo sexto Virrey

Año 1716

Con motivo de las honras fúnebres por el fallecimiento de Luis XIV, rey de Francia, abuelo de Felipe V, se recomendó al nuevo virrey al tomar posesión de su gobierno, que hubiera moderación en aquéllas por los desembolsos forzosos que se habían hecho con ocasión de la guerra.

El marqués de Valero era de familia real é hizo su entrada pública el 16 de Agosto de 1716. La primera nueva, fué la del capitán don Domingo Ramón, noticiándole que el hambre que se sufría en la colonia de Tejas era tal, que si no se recibían socorros, tendría que retirarse la guarnición, pero el virrey no sólo no permitió el abandono, sino que la proveyó de víveres, de soldados, y de menestrales, para que enseñaran oficios á los indios.

En 1717, el cacique de la Florida, Tix Janaque, mostró deseos de ir á México, y aprobado por el gobernador le hizo embarcar; á su llegada, el virrey le recibió con agasajo y lo trató muy bien; agradecido el indígena solicitó el bautismo y recibió los nombres del virrey, prometiendo mantener paz con los españoles, y ayudar á la conversión. Otro cacique del Nayarit, visitó también á don Baltasar de Zuñiga, solicitando se concediese á su nación comerciar en sal; el virrey le acogió cortésmente, haciendo con él una especie de tratado